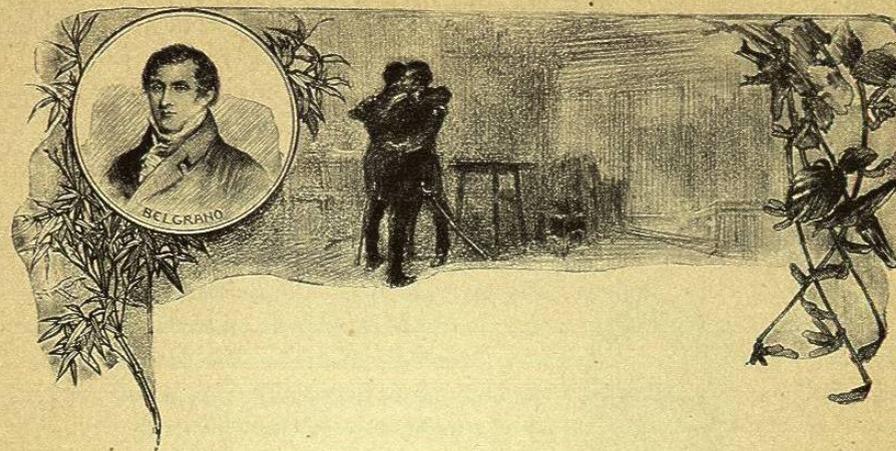


le llenaron de consideraciones; pero á pesar de su vida ejemplar, de su abnegación y desprendimiento, de sus servicios de toda clase, primó por algún tiempo la calumnia de los íntimos del infortunado caudillo, que el aplauso y la gratitud al primer ciudadano que arrebató una bandera.

—¡Calumnia, calumnia! ¡Que siempre de la calumnia algo queda!— repetía Maquiavelo.



LA CASA DEL ENCUENTRO

I

Ni que anduvieran jugando á *las esquinitas*, no se encontraban nunca.

Ya á sus cuarenta y tres años el uno, con algunos menos el otro, por el mismo camino en prosecución ambos de idéntico objeto, caminaban, caminaban sin encontrarse, acaso por la misma razón de seguir el uno tras del otro. Parece increíble: dos personajes de los más culminantes en la Revolución americana, saliendo de Buenos Aires, yendo á estudiar á la Metrópoli, vueltos á ésta, en tantas idas y venidas, sin andar á *las escondidas*, no se alcanzaban, por más que idéntico destino les impulsara por la misma senda.

¿Cuáles serán estos dos grandes prohombres de la revolución, tan calumniados como aplaudidos y tan descollantes como no hubo otros?

II

Entre las estaciones «Rosario de la Frontera» y «Metán» (terrocarril á Salta), minuto antes de rodar en el largo puente sobre el *Río Yatasto*, y dos minutos después, dejada la estación de este nombre, se enfrenta á la *Casa del Altillo*, como le llaman los caminantes.

Aislada, triste, medio derruida en su soledad, inclinada y como lagrimando por todas sus goteras, distínguese sólo de las que á distancia se divisan por un altillo sobre el granero. Aquí se levanta cerca de la ribera la histórica casa del célebre abrazo, doscientos pasos á la izquierda, siguien-

do en la provincia de Salta á su capital, hoy en campos de Gómez-Rincón.

No fueron las mulas de Olavedolla, que al fin resultaron de Gómez, las únicas que en este rincón pastaron; del caballo de guerra de los primeros soldados argentinos, como de la mula de paso del cansado viajero, desmontaron á la sombra de la casa en ruinas, estudiantes luego tan célebres como D. Valentín Gómez, Vicente Anastasio Echevarría, Mariano Moreno, Vicente López, Dr. D. Manuel Alejandro Obligado, y los doctores Carrasco, Anchorena, Ocampo, Agrelo, Sáenz, Monteagudo, Gorriti, Zavalías, Zuvirias; Zavaletas, Zapatas, Zorrillas y demás letras ilustradas de Salta y Tucumán. Más tarde, las mulas de viaje de Güemes, Warnes, Moldes, Zelaya, Superi, Helguera, Arenales, Alvarado, Balcarce, Puyrrudón, Dorrego, Holemberg, y también las de Belgrano y San Martín, pastaron en breves descansos en aquel rincón, hoy de Gómez-Rincón.

Mustia y soía, pero no muda, como abatida bajo vieja capa de ennegrecido verdín, há más de un siglo levanta allí su alto mojinete cual arrumbada cortesana de otros tiempos.

Al cruzar por primera vez el escabroso camino de nuestras primeras victorias, reflexionando íbamos cuánta fatiga, hambre, desfallecimiento y cansancio, subiendo y bajando la montaña, cuántos trabajos pasaron nuestros padres por legarnos una patria libre é independiente. Recorriendo campos donde cada árbol guarda una tradición, recordábamos en voz alta, refiriendo las proezas de Güemes, Lamadrid, Zelaya, Moldes, Warnes, Gorriti, á uno de esos oficialitos *decorativos*, echado en mullido asiento y arrastrado por veloz locomotora, que iba quejándose de la fatiga en ejercicio dominguero. A bala y descalzos, sin pan ni abrigo, por diez y quince años prolongaron sus ejercicios en tan vastas y áridas sierras los pobres soldados de la patria.

¡Cuán cierto es que chozas, como palacios, ciudades y regiones enteras, valen menos por sus piedras y monumentos que por lo que éstas conmemoran!

Remonta el navegante el Alto Uruguay, cuyas floridas riberas adornan palmeras y sauzales, indiferente á la monotonía del paisaje, cuando al enfrentar á Yapeyú, señala el timonel: «Aquel es el naranjal en que un niño, luego inmortalizado por sus hazañas, ensayaba su instintiva inclinación en combates infantiles á naranjazos,» y el viajero reanimado desciende, no satisfecho hasta arrancar por su mano uno de esos bellos frutos de oro del propio árbol que dió sombra á San Martín. Tal, quien sigue el camino de Tucumán á Salta, por breves minutos que se detenga el tren en *Estación Yatasto*, corre á saludar esos viejos muros que un día cobijaron los dos más grandes soldados de la Independencia.

III

Allá por los años de 1770, en la calle de su nombre (Belgrano, hoy número 420), vino á la vida un niño de italiana estirpe, que concluida su educación primaria en la Escuela de la patria, pasó á cursar estudios superiores en la Universidad de la Metrópoli. Ocho años después llegó al mundo, en las selvas de Misiones, otro precoz guerrillero, y mientras éste aprendía la ciencia militar en el Colegio de Nobles en Madrid, obtenía el primero sus triunfos en Salamanca y Valladolid. Como habían pasado las calles de Buenos Aires sin encontrarse, cruzaron las de la Corte.

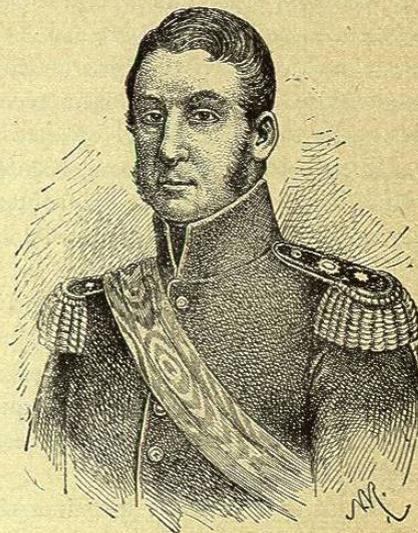
Desde el año 1778 al 94 ambos en España, pudo más que el acaso, juntarles el propio origen que atrae; pero mientras el abogado se perfeccionaba en el estudio del derecho, de la economía y demás ciencias, se le nombró primer secretario del consulado en ésta, San Martín afilaba su futuro sable de los Andes, alcanzando los primeros laureles en Melilla y Orán, combatiendo al lado de Daoiz, y en Rosellón, Torrebatera, Castillo de San Telmo, San Marcial y toda la estrecha zona española, donde fueron corridos sus invasores.

En la víspera del arribo de San Martín á Buenos Aires, Belgrano acababa de salir á enarbolar la primera bandera en el Rosario, que pronto hizo flamear victoriosa en Salta. Fué sólo al año siguiente cuando al vencedor de Salta y Tucumán empezaron á llegarle palabras de aliento y expresivas cartas del que sólo conocía por cartas.

—¿Todavía falta mucho para llegar donde Belgrano?—preguntaba San Martín en el último relevo (28 de enero de 1814).

—El general llegó á la posta inmediata anoche—contestó el postillón.

Y en ella fué el abrazo, abrazo más fecundo que el de Guayaquil, de dos hermanos de armas, cuyas almas entreabiertas se compenetraron al calor de un mismo nobilísimo sentimiento, pues que estos dos grandes



José de San Martín
general del ejército patriota

hombres no tuvieron sino unos mismos ideales por la independencia de la patria.

Benéfico fué este abrazo, conjunción del pensamiento de ambos para impulsar el carro de la revolución, atascado, menos en los pedregales de ásperos desfiladeros, que en pequeñeces, enemistades y miserias de rivalidades, ambiciones y lucha civil.

Cual el caudillo Güemes, otros querían ser supremos é independientes (campeando cada uno por sus respetos), dueños de su provincia natal. No fué Alvear el único que pretendía encaramarse desde las murallas de Montevideo, imponiéndose sobre toda la República. Pero San Martín, más genial en sus vastas vistas sobre los amplios horizontes que abarcaba, complementóse con la experiencia recogida de Belgrano, aun en la misma derrota, y reconociendo el escenario y los hombres que le rodeaban, levantó el espíritu de los combatientes, depurando el ejército de discolos; confió luego la defensa de esa frontera á sus bravos vecinos, y fué á empujar en la de Mendoza el huevo del águila que trasmontó los Andes.

IV

¿A qué resumir en cuatro rasgos grandiosas figuras que no es permitido desconocer á un argentino, y que mejor resaltan en dos ó tres toques de propia mano, de estos compañeros de armas que con tanta sinceridad se estrecharon la mano?

En los momentos de aproximarse la hora que cayera el uno en brazos del otro, escribía Belgrano:

«Mi corazón toma un nuevo aliento cada instante que pienso que usted se me acerca; porque estoy firmementé persuadido de que con usted se salvará la patria y podrá el ejército tomar un diferente aspecto. Estoy solo: esto es hablar con claridad y confianza; no tengo ni he tenido quien me ayude, y he andado los países en que he hecho la guerra como un descubridor. En fin, mi amigo, espero en usted, compañero, me ilustre, me ayude y conozca la pureza de mis intenciones, que Dios sabe no se dirigen ni se han dirigido más que al bien general de la patria, y sacar á nuestros paisanos de la esclavitud en que vivían.»

«Empéñese usted en volar y en venir, no sólo á ser mi amigo, sino maestro, compañero, y mi jefe si quiere; persuádase que le hablo con mi corazón, como lo comprenderá con la experiencia constante que haga de la voluntad con que se dice suyo—*Manuel Belgrano.*»

La última, fechada en Tiencho el 26 de enero de 1814, concluye así:

«Mi amigo querido: Paso á usted los partes que acabo de recibir de

Dorrego. Llegará y verá usted las mismas almas muertas: todo esto proviene de los males morales que se trata de hacer cundir por los mismos que deberíanse empeñar en desterrarlos. Pronto dará á usted un fuerte abrazo su—*Manuel Belgrano.*»

Y por demás impaciente, este claro espíritu honrado que presintió el genio militar de San Martín, cuando tuvo noticia de su aproximación, aunque enfermo y abatido, saltó á caballo, adelantándose á recibirle.

A su vez, San Martín apreciaba en altos términos al virtuoso general Belgrano, escribiendo al gobierno:

«De ninguna manera es conveniente la separación del general Belgrano de este ejército. No encuentro un oficial de bastante suficiencia y actividad que le subrogue en el mando de su regimiento. Me hallo en unos países cuyas gentes, sus costumbres y relaciones me son absolutamente desconocidas y cuya topografía ignoro. Sólo él puede suplir esta falta, instruyéndome y dándome las noticias necesarias (de que carezco), como lo ha hecho hasta aquí. De todos los demás oficiales de graduación que hay en el ejército, no encuentro otro en quien hacer confianza, ni tienen los conocimientos tan extensos é individuales como los que él posee. Su buena opinión entre los principales vecinos emigrados del interior y habitantes del pueblo es grande. Y á pesar de los contrastes que han sufrido nuestras armas á sus órdenes, lo consideran como un hombre útil y necesario en el ejército, porque saben su contracción y empeño y conocen sus talentos y su conducta irreprochable. En obsequio de la salvación del Estado, dígnese V. E. conservar en el ejército al general Belgrano.»

V

El abrazo del año 14 celebrizó la humilde *Casa del Altillo* (en la desierta campaña de Salta) que se aparta del camino, á la manera que ya se aparta ó aleja la hermosa imagen del modesto general Belgrano, cayendo á pedazos como los jirones de glorias que recuerda. Yace triste y polvorienta, después de un siglo que se levantó á mitad del camino de nuestras glorias, que tanto transcurrieron estudiantes y soldados, ávidos en el aprendizaje que les dió renombre. En poco ó nada se diferencia de sus congéneres. Una hora de permanencia de Belgrano la hizo célebre. ¡A tal punto quedan imborrables las huellas que los héroes dejan!

No fué milicia la inclinación de Belgrano, pero el verdadero amor á la patria le llevó al espontáneo sacrificio desinteresado, en la más sublime abnegación. Vino á la vida poco antes de la patria, de que fué uno de sus precursores. A su fallecimiento (año 1820) la Argentina desfallecía con

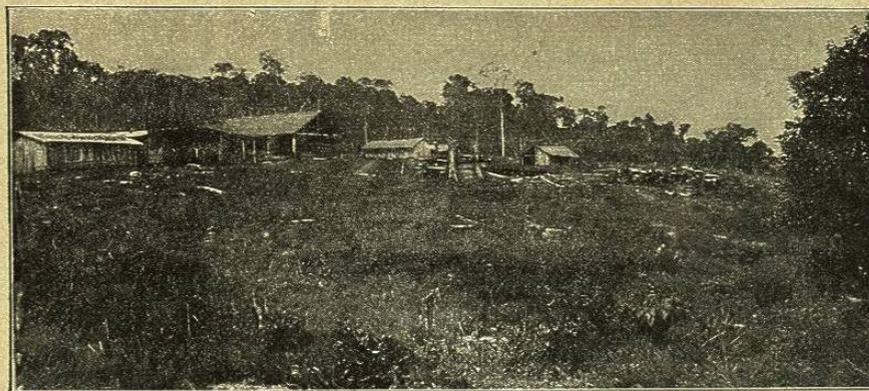
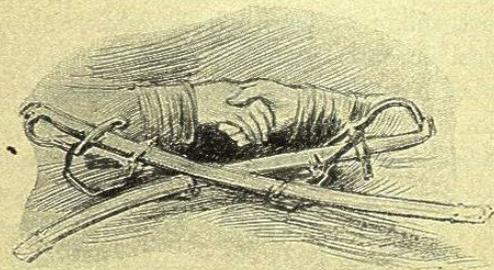
él, conducida al linde del precipicio por las luchas y rivalidades de *tantos patriotas* que perdían la patria por su ambición.

Después de algunos años, San Martín agregaba: «Para reemplazar al general en jefe del ejército, yo me decido por Belgrano. Este es el más metódico de los que conozco en América: lleno de integridad y talento natural, no tendrá el talento de un Moreau ó de un Bonaparte en punto á milicia, pero créanme que es lo mejor que tenemos en la América del Sur.»

En 1817, vuelto Belgrano á Tucumán, levantó la pirámide que aún existe en la antigua ciudadela, no á la gloria de sí mismo, como se criticó, sino en conmemoración de la de Chacabuco, que reputaba la más grande victoria.

«Desde el día del histórico abrazo en Yatasto—agrega el ilustre biógrafo de ambos, general Mitre,—estos dos grandes hombres que habían simpatizado sin conocerse, que se habían prometido amistad al verse por primera vez, se profesaron una eterna y mutua admiración. Belgrano murió creyendo que San Martín era el genio tutelar de la América del Sur. San Martín, en todos los tiempos y hasta en sus últimos días, honró la memoria de su ilustre amigo como una de las glorias más puras del nuevo mundo.»

Finalizamos la visita á *La Casa del Encuentro* con opinión tan autorizada sobre el benéfico resultado del célebre abrazo que estrechó dos grandes hombres bajo su techo.



HISTORIA QUE PARECE CUENTO

I

Llamábanle *el perezoso* los más buenos vecinos; peores motes colgábanle los demás.

De Irlanda vino, entre tantos otros pastores jóvenes, robusto, rubio, ágil, bueno y sano; pero desde sus primeros días de inmigrante, agasajado con la sencillez de nuestras paisanas, él creía que más le aceptaban por su bella presencia que por nuestras bondadosas costumbres, y por ende todo el campo se le hizo orégano.

Con un su primo de Dublín llegaron á pie y con la pala al hombro. El uno halló pronta colocación de zanjeador, y en nuestra tan desamparada y abierta campaña, á poco andar, el patrón le ofreció un peso papel por cada árbol que plantara. La cuadra de tierra valía entonces sólo el valor de un fósforo de cera.

El tío Williams trabajó, zanjeó y plantó tanto, que á los pocos años, al ajuste de cuentas con su patrón, toda la estancia, puestos y corrales, animales y tierra, no alcanzaban á pagar á razón de un peso papel de la antigua moneda por arbolito prendido, del alto de un hombre.

Su padre estaba en Australia, le había dado noticias del asombroso crecimiento y fácil plantación de eucaliptus, árbol recién introducido. El Gobierno ofrecía cien mil pesos á quien presentara plantación de cien mil